

La necesidad de Malvinas

Por Federico Guillermo Lorenz

*¿oíste/ corazón?/ nos vamos
con la derrota a otra parte/
con este animal a otra parte/
los muertos a otra parte/*

Otras partes, Juan Gelman

A veinticinco años de su final, la guerra de Malvinas constituye un hueco profundo en las aproximaciones al pasado reciente por parte de los investigadores que podríamos ubicar en el progresismo (entendiendo genéricamente así a quienes se reconocen como *democráticos* y de *izquierda*), mientras que inversamente tiene una fuerte presencia en el imaginario de otros actores sociales que no están en las universidades ni en los espacios de discusión académica, y que fundamentalmente se informan acerca del pasado en otros ámbitos de circulación cultural, como la escuela, la televisión, la prensa y, obviamente, sus propias experiencias.

La guerra de Malvinas permite reflexionar desde un hecho particular acerca del papel de los intelectuales en relación con su sociedad, sobre la forma en que sus propias experiencias condicionan su trabajo y sus intervenciones, y lo que se juega en ello. Si hablamos de un hueco es porque lamentamos la escasez de producciones sobre la guerra del Atlántico Sur desde un campo cultural del que nos sentimos parte, escasez que a la vez se refuerza por visiones monocordes sobre el conflicto, que reducen las explicaciones a una lectura política de sus causas y consecuencias: una maniobra de la dictadura militar para volver a legitimarse ante la sociedad, cuya derrota facilitó el retorno de la democracia.

Resulta llamativo que si el campo de los estudios de la memoria se ha concentrado en el período de la dictadura y los años previos, abriendo multitud de áreas y objetos interpretativos, esto no haya sucedido en relación con la guerra de 1982. Se trata de un problema que no es sólo historiográfico. La es-

casez y uniformidad de lecturas al respecto se traduce en una postura que, al encasillar un acontecimiento histórico y cristalizar su significado, rehúsa la disputa en un espacio simbólico de gran vigencia para muchos miles de argentinos: la memoria de una guerra, el recuerdo de una derrota, que refieren a la vez a uno de los momentos más controversiales y dolorosos de nuestro pasado, la última dictadura. Las significaciones en torno de Malvinas son muchas, y el hecho de que estén ancladas en un reclamo de soberanía sobre un territorio usurpado por Gran Bretaña en el siglo XIX no necesariamente permite explicarlas todas. Hay una tendencia, sin embargo, a superponer discusiones más recientes con este reclamo secular, lo que no facilita las cosas a la hora de tomar posición.

Esto no significa que no se haya escrito, hablado y filmado sobre Malvinas. Se hizo y hace mucho: obras testimoniales, ensayísticas, investigaciones periodísticas; ficciones y películas documentales, alimentan la memoria colectiva con imágenes de la guerra que aparecen fortísimamente condicionadas por una coyuntura histórica precisa: el quinquenio que va entre la derrota en las islas, en junio de 1982, y el alzamiento carapintada de la Semana Santa de 1987.

Señalar una ausencia de producciones significa, como contrapartida, reconocer otras presencias: la de otros actores de cuño académico e institucional que han escrito y escriben sobre Malvinas. Son historiadores, diplomáticos, científicos políticos que más que impulsar una apropiación crítica, reivindican esa guerra recurriendo a valores patrióticos e imágenes de nación tradicionales. En los casos extremos,



defienden también a la dictadura precisamente a partir de la recuperación de las islas, por haber cumplido un *anhelo histórico*. Estos discursos perviven, sobre todo, porque buena parte de la crítica se ha concentrado en desmontarlos en general, pero sin trabajar sobre la guerra de Malvinas en particular, sin discutir sobre ella más que como una salida política de la dictadura. De este modo, los discursos más reaccionarios atraviesan indemnes cualquier cuestionamiento: cuando se critican aspectos del reclamo histórico por conducentes a la guerra, se desestiman tales críticas por tratarse de una política secular (en consecuencia, por encima de cualquier controversia); cuando se señala el carácter antidemocrático y antipopular del gobierno militar y se ubica a la guerra en ese contexto, el refugio seguro de la disputa diplomática histórica les permite colocarse a salvo de cualquier intento de *hacer política* por parte de sus críticos, aunque éstos no hayan hecho más que señalar algo tan obvio como que fue una dictadura la que produjo la guerra.

Al descartar la guerra de Malvinas como objeto de análisis, sobre todo, arrojamos al olvido y a la marginación la memoria y las experiencias de miles de compatriotas que debieron combatir, en la mayoría de los casos, sin tener opción para negarse a hacerlo, y a sus familias. Eran hijos de una escuela pública que batió el parche sobre Malvinas durante décadas, que acompañó la *ciudadanización* de los varones a través del servicio militar obligatorio y que se retroalimentó con una simbología patriótica militar que la transición a la democracia buscó arrancar de cuajo en la vocación refundacional de la década del ochenta.

Desde el punto de vista analítico, se trata de memorias específicas acerca de la violencia en la Argentina que fueron relegadas: las de los ex combatientes, las de sus familiares y, para discutir con ellas, las de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, están presentes en otros espacios masivos, como las obras de divulgación. O en las escuelas, donde circulan, en muchos casos, en oposición a la mirada crítica que establece *lo que hay que dar* sin ofrecer elementos para poder hacerlo. Malvinas, sin duda, es uno de los temas más controversiales en la cultura política argentina. A 25 años de la guerra, proponemos pensarla como una asignatura pendiente desde el punto de vista de los investigadores, preguntarnos el porqué de este silencio, y señalar algunas cuestiones por las que consideramos importante repararlo.

Relatos públicos sobre Malvinas

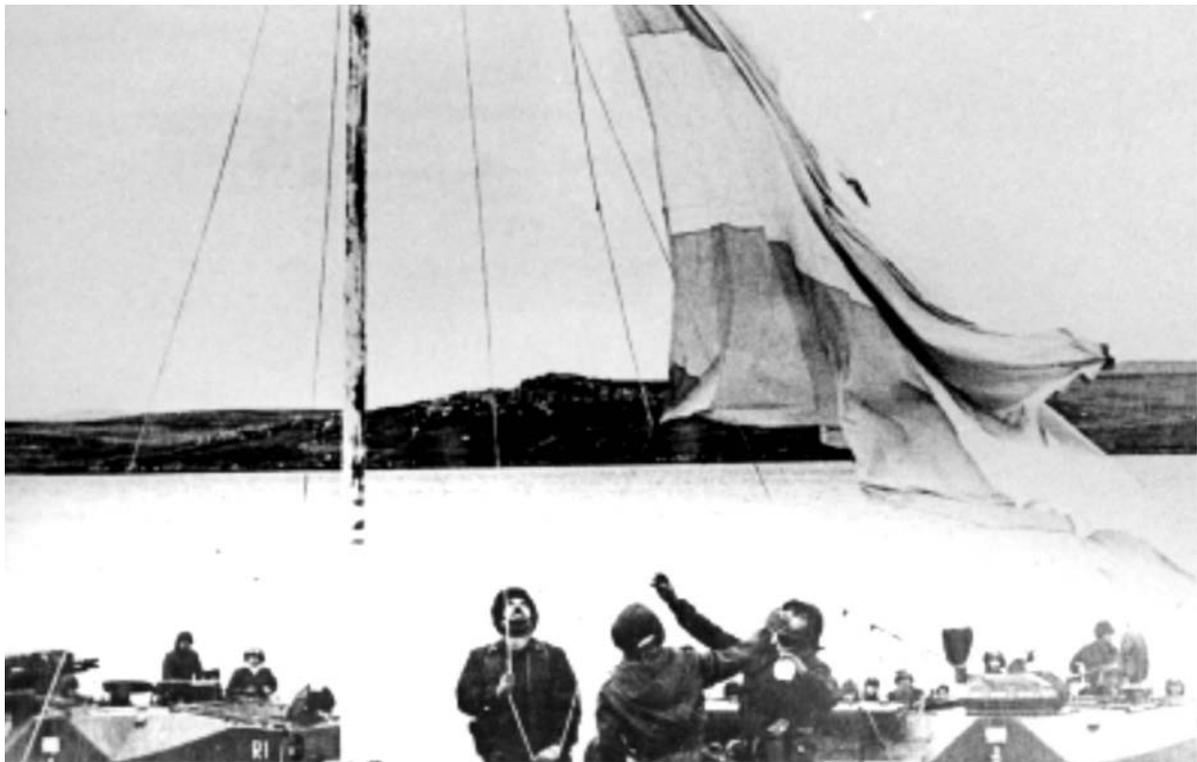
Desde el final de la guerra hay tres formas claramente identificables para referirse a Malvinas y a sus protagonistas. Consolidadas en los primeros años de la democracia, permanecen vigentes en las orientaciones de las lecturas sobre el período, a diferencia de los cambios conceptuales y temáticos sobre otros aspectos de la historia reciente.

Una de las formas de incluir la experiencia de los ex combatientes en un relato colectivo fue el de inscribirlo en el

Malvinas, sin duda, es uno de los temas más controversiales en la cultura política argentina. A 25 años de la guerra, proponemos pensarla como una asignatura pendiente desde el punto de vista de los investigadores, preguntarnos el porqué de este silencio, y señalar algunas cuestiones por las que consideramos importante repararlo.

discurso patriótico construido desde finales del siglo XIX. En ese sentido, aunque con objetivos divergentes, confluyeron las iniciativas de las Fuerzas Armadas y de los distintos gobiernos civiles y militares que se alternan desde 1982. Esta forma de leer la guerra la inscribe en la historia canónica oficial, en un registro semejante al de otros episodios bélicos de la historia nacional. Permite diluir la conflictividad política del tema: la patria es un espacio donde los conflictos internos no tienen lugar, habitado por los puros: los que murieron por ella. Los héroes de Malvinas, en este marco, son tanto los civiles bajo bandera como los militares de carrera. Si unos y otros encarnaron los dos bandos simbólicos en los que se organizó la retórica política de los ochenta, la apelación a la patria diluye ese antagonismo. Se trata de una forma de narrar la Nación que fue eficaz para la construcción de numerosas identidades nacionales durante el siglo XIX y XX, entre ellas la Argentina, que alimentó el imaginario de distintas fuerza políticas conservadoras y revolucionarias en pugna, y que en un lento proceso de recuperación superó las críticas demoleadoras hacia las Fuerzas Armadas (que concentran buena parte de la simbología de dicho discurso), para transformarse en la voz oficial del estado, como visiblemente sucedió en 2001, cuando el ministro de Defensa de la Alianza, Ricardo López Murphy, reinstauró el feriado del 2 de abril (instituido por el gobierno de facto, y anulado por Raúl Alfonsín), como una forma de contrapesar las movilizaciones por el 25^º aniversario del golpe del '76. Aunque la denominación es la del Día del veterano de guerra y de los caídos en Malvinas, el mecanismo compensatorio es evidente. Esta forma de incorporar la memoria de la guerra tiene una base cultural muy profunda: es la que circula en las escuelas desde el siglo XIX.

En segundo lugar, la derrota alumbró un discurso victimizador. Éste fue patrimonio de los medios masivos de comunicación, de los partidos políticos, y también lo sostuvieron inicialmente las primeras agrupaciones de ex combatientes. Tuvo un amplio consenso, pues coincidía en líneas generales con la imagen de los jóvenes construida durante la transición a la democracia. En la difusión de las atrocidades de la represión ilegal, los jóvenes *víctimas* de la dictadura fueron una pieza central. La idea de *víctima* fue complementada por la de *inocencia* de los crímenes que la represión les imputó: haber participado o simpatizado con la guerrilla. Éstas debían estar lo más lejos posible de una asociación con la violencia política. Este modelo de joven construido por las denuncias por violaciones a los derechos humanos fue el ar-



quetipo en el que debieron encajar, a su vez, los ex soldados retornados de las islas. Pero éstos eran hombres jóvenes que habían estado expuestos a la violencia y combatido, con las armas en la mano, con el aval de la sociedad que ahora abominaba de la violencia en todas sus formas.

La derrota abrió las puertas a la masiva denuncia y descubrimiento de los crímenes de la dictadura militar, y la guerra, intensa aunque breve, quedó desdibujada en ese cúmulo de atrocidades; concentrada en algunos casos notorios, como el de Alfredo Astiz, perpetrados por los mismos personajes que habían participado también en la guerra austral. El discurso victimizador colocó a los soldados en el lugar de las víctimas de sus propios oficiales y de la improvisación de los altos mandos, en una analogía con la visión que la sociedad argentina construyó de sí misma, como víctima de sus Fuerzas Armadas, ajena por completo al proceso que había generado tanto la violencia política como el terrorismo de estado. De las experiencias de guerra de los ex combatientes, potenció las historias acerca de abusos de poder, arbitrariedades y malos tratos, junto con los padecimientos derivados de una mala planificación, por sobre aquellas relativas al enfrentamiento bélico con los británicos.

Los jóvenes ex soldados, a través de sus primeras agrupaciones, presentaron una serie de problemáticas reivindicaciones y reclamos en el contexto de la transición, que se materializaron en un discurso radical, que abrevaba en las corrientes políticas nacionales y populares de los años previos a la dictadura, y en discursos revolucionarios de la iz-

quierda marxista y peronista. Se definieron como una generación nacida a partir de la guerra, y a ésta como un episodio de la lucha anti imperialista de América Latina. Era un doble problema: el rechazo social a la violencia no dejaba margen ni para la reivindicación bélica ni para la revolucionaria, ambas asociadas tanto al estado represor como a las organizaciones guerrilleras, los *dos demonios* funcionales a una necesidad bifronte: aquella que apuntaba tanto a satisfacer la necesidad de auto exculpación de la sociedad como la fundacional de la democracia.

Ser jóvenes portadores de discursos radicales mientras la imagen pública era la de los inocentes, fue un cortocircuito con una voluntad social de olvido que los ex soldados padecieron duramente. Al mismo tiempo, la forma en la que las primeras organizaciones de ex combatientes reivindicaron su paso por la guerra, por lo menos en esos primeros años, los alejó de las Fuerzas Armadas, a las que denunciaron tanto por sus malos tratos e ineficacia como por su “entre-guismo”. Así, un documento del Centro de Ex Combatientes de Malvinas fechado en 1986, afirma: *Nuestra generación ha derramado sangre por la recuperación de nuestras islas y eso nos otorga un derecho moral [...] Durante la guerra de Malvinas se expresó una nueva generación de argentinos que, después de la guerra, conoció las atrocidades que había cometido la dictadura. Nosotros no usamos el uniforme para reivindicar ese flagelo que sólo es posible realizar cuando no se tiene dignidad. Nosotros usamos el uniforme porque somos testimonio vivo de una generación que se lo puso para de-*

fender la patria y no para torturar, reprimir y asesinar.

La inscripción que los ex combatientes hicieron de Malvinas en una historia de luchas populares fuertemente enraizada en la ideología de la izquierda nacional tampoco fue eficaz para ganarles un lugar en el contexto de la institucionalización democrática. En consecuencia, de los tres modelos interpretativos para hablar acerca de la guerra, desde el punto de vista de su pervivencia, este último es el menos vigente. Aunque subsiste hoy en algunas agrupaciones, no resistió ni a la reconfiguración de las relaciones políticas de la década del ochenta ni a la atomización que ésta produjo entre los ex combatientes.

La crisis de Semana Santa de 1987 abrió las puertas a cambios en los discursos acerca de la guerra. Las palabras de Alfonsín en aquella ocasión acercaron a la guerra al imaginario militar, a partir de un reconocimiento a quienes volvían a abusar de las armas para plantear sus reivindicaciones. Durante el menemismo, la actitud oficial de ofrecer algunas concesiones a los ex combatientes, a través de la Federación de Veteranos de Guerra de la República Argentina como interlocutora privilegiada, tuvo un efecto práctico y simbólico importante. Los ex soldados —que comenzaban a ser calificados y a autodenominarse veteranos (palabra del que las agrupaciones habían abominado durante los ochenta, por su connotación castrense)— accedieron a espacios de poder y gestión que les permitieron satisfacer algunas de sus reivindicaciones históricas. El precio fue la fragmentación de lo que muchos de ellos consideraban un movimiento nacional.

Esto se debió, por un lado, a cuestiones relativas a la distribución de ese poder, pero también a que la Federación rompió una de las banderas históricas de los grupos originales: aquella que distinguía a los ex soldados combatientes conscriptos de los cuadros de las tres armas. Ahora, veteranos eran todos, y de ese modo el discurso patriótico nacional ganó preponderancia. La **reparación histórica**, una de las demandas de las agrupaciones de ex combatientes, en esa coyuntura, pasaba por el ingreso al Panteón nacional decimonónico. La vía simbólica tradicional y patriótica, que implicaba un reconocimiento, seguía siendo la más eficaz para incluir a los que habían pasado por la guerra. Esta tendencia se ve claramente acentuada en el presente, y tuvo un hito importante en ocasión del vigésimo aniversario de la guerra. Los hombres que habían combatido se transformaron en modelos a imitar, soldados ciudadanos o militares profesionales. La guerra comenzó a ser llamada *gesta*, y los relatos acerca de experiencias bélicas comenzaron a tener una mayor difusión.

¿Cómo fueron analizados estos procesos de configuración de memorias sobre la guerra? ¿Cómo fueron incorporados a otras lecturas sobre la dictadura militar?

(No) decir Malvinas

Desde el punto de vista de muchos intelectuales, la transición a la democracia implicó desechar antiguas certezas y apro-

piarse, defender y sostener ideológicamente otras nuevas. En este proceso de reflexión sobre el propio recorrido (en algunos de los casos) y de (re) conversión (en otros), los instrumentos y categorías para pensar la sociedad cambiaron radicalmente con respecto a los que habían orientado la tarea de pensar a la Argentina en los años previos. La democracia y su institucionalidad, junto con la defensa de los derechos humanos, se transformaron en un norte para quienes se volcaron entusiastamente, en aquellos años, a aportar desde su lugar a la reconstrucción de la Argentina. En este proceso, la noción de *ciudadano*, por ejemplo, reemplazó gradualmente a otros conceptos más específicos como *argentino*, *obrero* o *compañero* propios a la vez de lecturas clasistas o movimientistas, que anclaban en ideas absolutas y totalizadoras como la nación, el pueblo, o la revolución. Así, para autores como Denis Merklen se produjo, por parte de la democracia en construcción, un *olvido de las clases populares* y de su *politicidad*, que anclaba en ese tipo de referentes.¹ Esta politicidad, es necesario tenerlo presente, estaba y está fuertemente asociada a elementos que refieren directamente a Malvinas.

En este contexto, la lectura que primó sobre la guerra fue aquella que la reducía a un manotazo de ahogado de la dictadura frente al creciente descrédito social que enfrentaba. Esta visión ignora la experiencia de la guerra y la reemplaza por una lectura política de la misma que puede explicar las motivaciones de la junta militar, pero no sirve para comprender las causas de la adhesión social al desembarco, y no dice nada sobre lo que sucedió después con Malvinas en el imaginario político de los actores. Como sostiene Rosana Guber, se trata de una reflexión *ex post*, que no nos dice cómo llegamos socialmente a ese suceso, y que, en cambio, se transforma en testimonio —agregamos— de lo que hicimos después con él.²

Evocar la guerra y las adhesiones que recogió hubiera colocado a muchos en una posición incómoda. Muchos pensadores de izquierda (notoriamente los grupos exiliados en México) apoyaron la recuperación de las islas mientras sostuvieron su condena a la dictadura, sin revisar los puntos ciegos que esta postura presentaba, como se ocupó de señalar prácticamente en solitario León Rozitchner.³ El aval al desembarco de 1982, por otra parte, se alimentaba en una tradición política anti imperialista y que, en algunos casos, había sostenido la vía armada como forma de lucha. En el contexto de los ochenta, revisar ese proceso y sus legitimaciones ideológicas hubiera resultado complejo por parte de quienes a la vez estaban construyendo las bases conceptuales para la democracia a partir del abandono y crítica de esas formas de concebir las relaciones y luchas sociales.

Describir la guerra sólo como un fenómeno político consistente en una maniobra de relegitimación de la dictadura, permitió soslayar estas cuestiones, y reforzó el esquema la *teoría de los dos demonios*. Esta mirada incluyó a Malvinas en el mismo plano de lectura: una sociedad víctima tanto del

miedo como de la manipulación (en una mirada comprensiva), o cómplice de la dictadura (en una postura condenatoria), a merced de las decisiones de la Junta. Este análisis se complementó con el discurso victimizador sobre los ex combatientes, porque reforzaba la posibilidad de elusión de responsabilidades sociales, y continúa siendo eficaz.

Esta lectura política está presente en la mayoría de los enfoques sobre la época. En *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Hugo Vezzetti busca describir y analizar modos y formas de recuperación de las relaciones de la sociedad con la dictadura a partir del ocaso del régimen militar.⁴ Sin embargo, si el trabajo se orienta a

¿Es posible descartar sencillamente la hipótesis de que la experiencia de la guerra de Malvinas no fue condicionante en los modos de relacionarse con la dictadura más que como disparadora de su final?

explorar la incidencia de la noción y la experiencia de la guerra en la sociedad argentina, Malvinas, el único conflicto bélico convencional librado por este país en el siglo XX cumple la mera función de abrir al debate la otra guerra, la que es definitoria para las formas de pensar el pasado reciente: *Para el tema que nos ocupa, la inversión del humor colectivo que rechazó la guerra y se indignó con la torpe irresponsabilidad de sus ejecutores, arrastró también un decisivo cambio en la significación de la otra guerra, contra la subversión, que perdió todo consenso con la sociedad. Los señores de la guerra empezaban a ser empujados al banquillo de los acusados y el reclamo por las víctimas comenzaba por el de los soldados conscriptos arrastrados a la muerte en el sur.*⁵

¿Es posible descartar sencillamente la hipótesis de que la experiencia de la guerra de Malvinas no fue condicionante en los modos de relacionarse con la dictadura más que como disparadora de su final? ¿La experiencia de qué aspecto de la guerra, en qué espacio territorial, sobre qué actores? Preguntas vacantes, que esperan respuesta bajo la forma de investigaciones. La experiencia del terrorismo de estado puede haber sido la más significativa en algunas regiones del país y para algunos actores sociales; en otras regiones, o para otros actores, no. Lo mismo, por motivos inversos, sucede con la guerra de Malvinas. La represión a los militantes estudiantiles, la ESMA, son centrales a una forma de memoria, tanto como los oscurecimientos y las alertas rojas lo son a otras.

Podemos pensar que el impacto traumático de la dictadura ha generado una dificultad para pensar algunos procesos por fuera de la matriz del terror, pero esta restricción se debe, también, al marco ideológico constituido por los proyectos políticos intelectuales que buscaron redefinir las relaciones sociales en la Argentina a partir de los años ochenta. Si bien es cierto que la guerra se produjo durante la dictadura y fue ésta la que la desencadenó, este hecho insoslayable en el análisis no debe borrar la especificidad del conflicto, sobre to-

do porque en la conformación de las diversas experiencias y narrativas acerca de la guerra confluyeron múltiples elementos. La tarea, entonces, es poder desprendernos analíticamente de ese confinamiento conceptual y experiencial.

En un artículo publicado en esta revista dos décadas después de la guerra, el historiador Luis Alberto Romero analiza las memorias de Malvinas desde una perspectiva similar a la de Vezzetti, pero ubicándolas en el linaje cultural del nacionalismo argentino. Para el autor, en sus características es posible encontrar las causas de la adhesión a la guerra. El texto funciona como una advertencia acerca de la latencia del *enano nacionalista* en la sociedad argentina, y establece una división tajante entre quienes eran convencidos pacifistas y democráticos, y quienes por lo menos no se cuestionaban la idea de determinadas formas de violencia instrumental: *¿Cuántos eran los que repudiaban la guerra y la violencia por principio? Creo que pocos. ¿Cuántos habrían justificado, en nombre de la victoria, los crímenes anteriores? Creo que muchos.*⁶

La distinción entre *pocos* y *muchos* es relevante analíticamente (desde el punto de vista de la pregunta que permite formular) pero es también una reducción que refleja el clima de ideas de los ochenta aún vigente en muchos investigadores. Asocia un hipotético júbilo por una victoria en Malvinas con una justificación de las violaciones a los derechos humanos. Funciona como la contracara de la maniobra argumental de los defensores de las Fuerzas Armadas, que se valen del ariete de Malvinas para enrostrarle a la sociedad civil su responsabilidad colectiva. Aquí, el resultado es que por extensión cualquier intento de aproximación crítico a la guerra de 1982 es leído como una reivindicación de la dictadura, y, por añadidura, de lo peor del nacionalismo.

Para Romero, *quienes habían voceado que los argentinos eran derechos y humanos se embanderaron tras la defensa de los derechos humanos, y el nacionalismo soberbio y paranoico se transmutó en religión cívica, liberal y tolerante.*⁷ Lo cierto es que esta *transmutación religiosa* instauró un nuevo culto, desde el que se miró y se miran como herejías o apostasías intentos de revisión o ampliación de los paradigmas u objetos anteriores, porque son asociados automáticamente a reivindicaciones de un modo de hacer y pensar la política que se quiso dejar atrás. El resultado, muchas veces, fue el reemplazo de la violencia y el discurso patriótico por una reivindicación de la república y la democracia asociada a una condena de la violencia tan hiperbólica como éstos.

La reducción de la guerra de Malvinas a una aventura de la dictadura es un ejemplo de esta tendencia: obtura la reflexión acerca de las matrices culturales y políticas del apoyo a la guerra, así como de las actitudes sociales de desentendimiento de la responsabilidad sobre ella que se dieron después, actitud que a la vez reprodujeron muchos intelectuales. Deja vacante un campo importante de discusión: aquel que constituye la reflexión sobre la guerra en sí, sobre las

experiencias en torno a ellas, sobre los sistemas de creencias y valores en los que ésta se apoya y es reinterpretada. Ante el temor de un resurgimiento golpista, o una apología de la dictadura, la respuesta fue la condena automática hacia determinados objetos y preguntas de investigación.

Hace cinco años, para Romero existía un dilema que como sociedad debíamos resolver: *En 1982 reprochamos a los militares por embarcarse en una guerra. Ello significará que estamos preparados para encarar ésta y otras cuestiones territoriales como problemas entre partes: cada uno alega derechos que deben ser escuchados, discutidos racionalmente, negociados y sometidos a una instancia neutral. Significará también que somos capaces de extender a esa cuestión los criterios democráticos con los que constituimos nuestra comunidad política: a casi doscientos años de su instalación, les corresponde a los habitantes de las islas decidir qué quieren hacer. Una solución de este tipo, que articula una respuesta al sentido de nuestros actos pasados, una declaración de principios en el presente y un proyecto para el futuro, significará la afirmación de la democracia. Podemos, en cambio, reprocharle a nuestros militares que no hayan ganado la guerra, o que la hayan emprendido sin haberse preparado adecuadamente. En ese caso, estaremos prontos a escuchar a quien nos prometa emprender nuevamente la guerra y ganarla, y también a quien nos proponga resolver, con criterios similares, la encrucijada en que hoy vivimos. No es, me parece, una opción trivial ni inocente.*⁸

Así formulada, no se puede menos que acordar con una demanda de reflexión y de construcción política como ésta. Sin embargo, no es algo que los investigadores, o su mayoría, hagamos. Acercarse a la guerra de Malvinas y a sus protagonistas se traduce, en la mayoría de los casos, en minimizar aproximaciones a la guerra o temas asociados a esta perspectiva desde otro lugar que no sea la condena a *priori*. Sucede con otros huecos investigativos acerca de la historia reciente (como la violencia insurgente), traducidos en silencios que constituyen peligrosas minas argumentales, pues dejan a los reivindicadores de la dictadura en el papel auto-

asignado de vencedores morales, al ser poseedores de una *verdad no revelada*. Y de este modo, se les abre la posibilidad de mantener el control sobre identidades y símbolos que tienen mucha resonancia en amplios sectores sociales. No es, coincidimos con Romero, un problema trivial. Pero no se resuelve, agregamos, mediante reducciones ni omisiones.

Marcas y propuestas

¿Por qué nos cuesta tanto escribir sobre una guerra y sus características, sobre los muertos en ella, sobre su memoria? Podría ser por el trauma que un hecho como una guerra significa, por permanecer aún inmersos en el estupor que sus formas produjeron, y hasta por el desinterés desde el punto de vista de objeto empírico. Sin embargo, consideramos que las respuestas a esta dificultad, que se traducen en la ausencia de producción científica sobre el tema, deben ser buscadas en el proceso histórico de la década del ochenta, a los patrones que se establecieron para pensar los procesos políticos y sociales y a algunas características del hecho a estudiar.

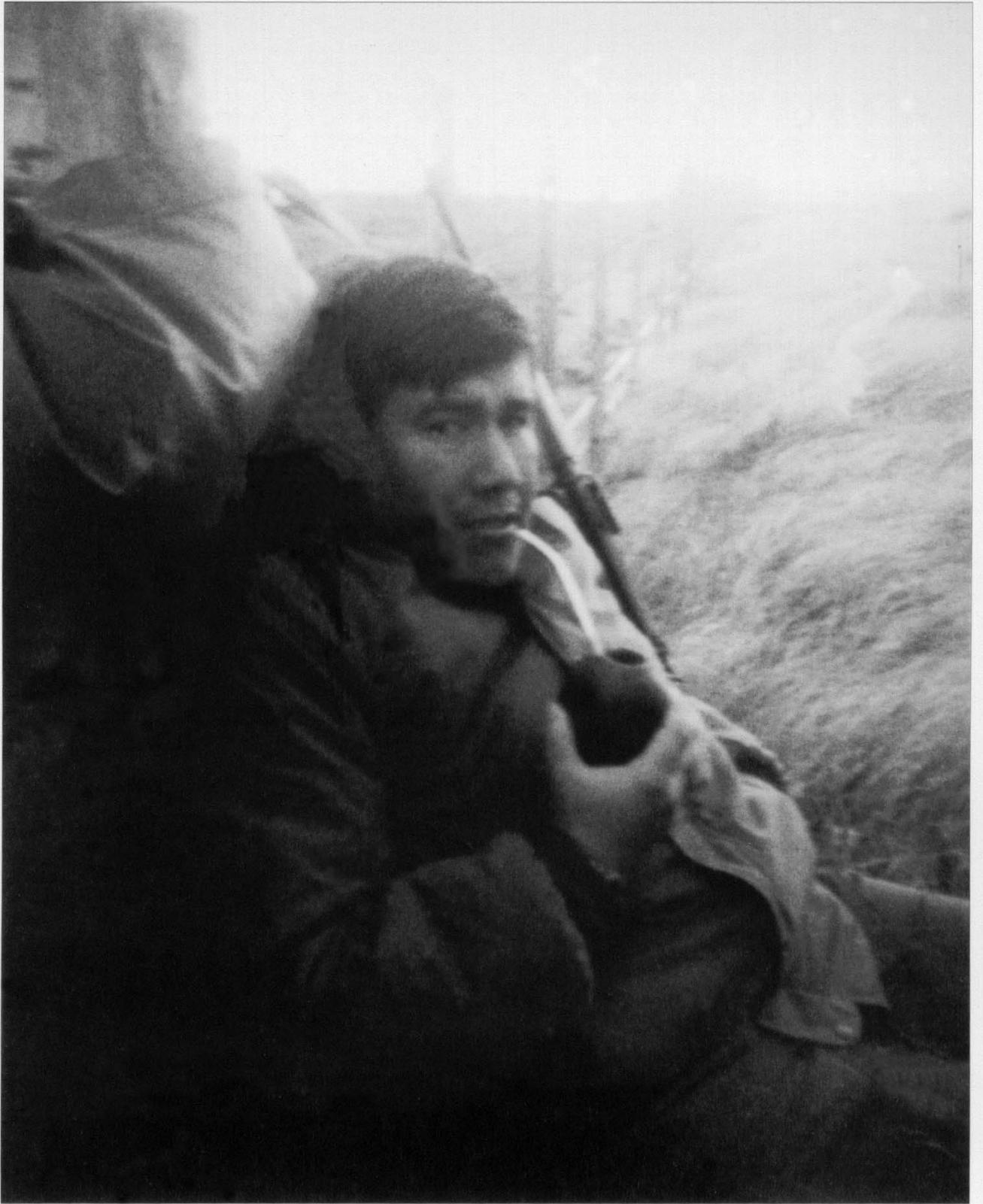
En primer lugar, y al igual que en otros casos, como el español, la salida de la dictadura provocó un cuestionamiento y rechazo de símbolos y nociones que no eran patrimonio exclusivo de los militares, pero que habían sido usados hasta el abuso por parte de éstos (hasta el extremo de perpetrar atrocidades en su nombre). Ideas como el anti imperialismo, la nación, o la patria, fueron (y son) vistas como puntas de lanza de un rebrote autoritario. En el afán de dejar un pasado violento atrás, fueron descartados a través de la demolición analítica y conceptual, descuidándose algunas de sus características centrales: su vigencia en toda la extensión de la república, las diferentes fuerzas con la que la guerra estuvo presente en las distintas regiones del país: por ejemplo en la Patagonia, o en provincias como Corrientes y Chaco. Basta compartir una jornada de trabajo con colegas y alumnos de cualquiera de estos lugares, para encontrarse con todo un sistema de valores y representaciones que erizaría los pelos cívicos de los refundadores del ochenta, sin que esto signifique que sean nostálgicos de la dictadura.

La banalización de símbolos y modelos como la bandera, la nación o la patria por parte de los militares golpistas y buena parte de la ciudadanía hizo que estos fuesen condenados *per se*, como caballos de Troya del autoritarismo dictatorial, perdiéndose de vista la posibilidad que ofrecen para dar una verdadera batalla simbólica sobre los años de la dictadura. Del mismo modo, esta actitud condenatoria hizo que se viera y se vea en la guerra de Malvinas la quinta columna de una reinstalación de lo peor del ideario nacionalista traído por los apólogos del terrorismo de estado. No facilita las cosas, por supuesto, el hecho de que muchos cuadros de las Fuerzas Armadas, amén de combatir en Malvinas, acreditan su participación en lo que llaman *otra guerra*: la represión ilegal.

Pero librar una batalla simbólica semejante significaría apelar a una cantidad de bibliografía que muchos miran con re-

Miradas sobre Malvinas, miradas sobre Argentina

Las fotografías tomadas en las islas Malvinas que acompañan los artículos de esta edición de *Puentes*, forman parte del libro *Cruces. Idas y vueltas de Malvinas*, de María Laura Guembe y Federico Lorenz, Buenos Aires, Edhasa, 2007 (ver adelanto en página 18). Una parte de ellas estará exhibida a partir de marzo en el Museo de Arte y Memoria de La Plata, calle 9 número 984, junto a fotografías de Víctor Bazterra y Paula Ogando Luttringer, y collages de León Ferrari.



celo, so pena no sólo de ser acusados de positivistas sino de pro golpistas: la historia militar, cargada de siglas y relatos regimentales, o las memorias de guerra de los conscriptos y oficiales. Y sucede que precisamente bajo esta forma es

¿Es posible recordar una guerra de un modo que no regale símbolos populares que continúan vigentes, que son queridos por miles de compatriotas? No es necesario asociar la idea de efeméride a la de celebración.

que las narrativas acerca de Malvinas circulan en distintos lugares del país y, sobre todo, en las escuelas. Trabajar esta cantera documental no implicaría solamente abrir un campo interpretativo, sino un buen ejercicio de extrañamiento. Y esto, en términos de procesos de transmisión, es clave: pues evitaríamos de este modo el peligro de construir una historia igual, precisamente, a aquella que queremos dejar atrás, signada entre otras cosas por el maniqueísmo y la intolerancia.

Un buen ejemplo de esta cerrazón es lo que sucede con los testimonios. La aproximación crítica al relato testimonial no impide que nos acerquemos a esta forma de memorias de la violencia política en los años setenta. Pero no sucede lo mismo, en la abrumadora mayoría de los casos, con los relatos en primera persona sobre Malvinas. Aquí el tabú es el tema, y no la forma. Y es que los investigadores parten desde su propia experiencia al trabajar, y ésta incluye tanto la empatía como el rechazo. Semejante bloqueo debe ser asumido por lo menos como una limitación.

En términos de construcción de una memoria democrática, se soslaya el hecho de la gran vigencia con la que Malvinas circula en las escuelas y en muchos lugares del país afectados por la guerra de modo mucho más directo que (como dirían en Patagonia) en los grandes centros urbanos del norte. Este soslayamiento se produce por la forma que toma muchas veces la presencia de Malvinas: la del discurso patriótico, que sigue siendo eficaz porque ofrece un sentido para procesar el pasado, y que encarna en las efemérides y el lugar tradicional de la escuela. Pero en términos de memorias de la dictadura militar, la guerra de Malvinas es mucho más significativa a escala nacional, y especialmente en algunas provincias, que la experiencia represiva. Se trata, tomando el conflicto de 1982 y las relaciones con él, de otra posibilidad de pensar la dictadura a escala nacional, mucho más que otros fenómenos de la época como el terrorismo de estado. Pues si una de las características distintivas de éste fue su clandestinidad, no puede decirse lo mismo de la guerra por las islas.

In (justicias)

Plantear estas cuestiones no significa reivindicar a la dictadura militar a partir de levantar la guerra de Malvinas como una bandera que redimiría todos sus demás pecados, o

sostener una noción territorialista de nación que entre otras cosas condujo a la muerte de centenares de argentinos. Surge de la convicción de que probablemente aspectos positivos de muchas tradiciones se han perdido o los hemos pisoteado, y lo que queda debe ser revisado y reapropiado, pero que, sobre todo, sencillamente no puede ser ignorado. La condena automática a símbolos que desde su memoria muchos asocian a lo peor de nuestra historia sólo ayuda a alimentar el mito de relegación y silenciamiento con el que los sectores más autoritarios construyen su propia historia.

¿Es posible recordar una guerra de un modo que no regale símbolos populares que continúan vigentes, que son queridos por miles de compatriotas? No es necesario asociar la idea de efeméride a la de celebración. Pensemos en otras guerras: en Inglaterra, el 11 de noviembre, aniversario del final de la Gran Guerra (1914-1918), no es el día de la victoria, sino el día del recuerdo por los muertos: en la década del veinte, primó el impacto por la matanza antes que la alegría por el triunfo. Numerosas investigaciones acreditan las formas en las que una instancia colectiva de duelo posibilitó procesos individuales semejantes. Sucedió lo mismo con Francia; y en Alemania, ubicada en el bando derrotado.⁹

En el caso argentino, una de las formas posibles para recordar una derrota sería la de devolver su historicidad a los individuos que protagonizaron en forma mayoritaria la guerra de 1982: la masa de soldados conscriptos, un grupo particular de jóvenes atravesado por una experiencia límite, al igual que otras generaciones, que de distintos y dramáticos modos en diferentes momentos protagonizaron nuestra historia.

Recordar Malvinas excede a la guerra. En 1984, los organismos de inteligencia -como muestra el archivo de la Dirección de Inteligencia de la Provincia de Buenos Aires (D.I.P.B.A.) bajo guarda de la Comisión Provincial por la Memoria-, caratulaban a las agrupaciones de ex combatientes como subversivas y las seguían minuciosamente. Los jóvenes habían pasado de garantía del futuro a amenaza para la integridad nacional una vez más. Aquí hay una potencialidad a la hora de investigar sobre la guerra, sus protagonistas y sus agrupaciones de posguerra: analizar los modos en los que socialmente nos relacionamos con los jóvenes. El valor asignado a sus vidas.

Entre los extremos de la exaltación militarista y la victimización que banaliza las motivaciones de los actores, hay una cantidad de situaciones intermedias que permitirían explorar respuestas posibles a la pregunta acerca de incorporar como fecha emblemática un episodio conflictivo y traumático. Pero desde el punto de vista de la investigación, frente a la ambigüedad que en este sentido presenta Malvinas, se optó por reducir un hito de la memoria colectiva a sus consecuencias políticas. A sus protagonistas, los ex combatientes, no nos animamos a terminar de arrojarlos a la categoría de víctimas, mucho menos a entronizarlos como héroes. Es que tanto uno como otro extremo refieren a diferentes tipos

de sociedad, leídas y organizadas políticamente a través de proyectos y sistemas institucionales. Se trata de otro síntoma de un proceso cultural más amplio: aquel constituido por el repliegue de la política del escenario público.

En el caso de la historia de la militancia política y la represión, este cepto conceptual fue abierto. Los estudios más recientes buscan matizar miradas que tornaron a los jóvenes en títeres de sus conducciones y víctimas inermes de sus verdugos y torturadores. Pero el proceso de revisión de las experiencias militantes de los años setenta aún no encuentra paralelo en el caso de los jóvenes soldados de Malvinas.

Si los jóvenes militantes pasaron de ser víctimas libres de todo pecado a actores políticos e históricos, portadores de una subjetividad y un modo de entender el mundo (es decir, sujetos de su historia), en el caso de los ex combatientes de Malvinas estamos muy lejos de eso.

Al hacer esta comparación entre los jóvenes militantes y los jóvenes soldados, no se trata de desconocer diferencias, sino de señalar una omisión. Como cualquier hecho social, la guerra de 1982 generó episodios tan altos y tan bajos en la escala de valores como en cualquier otra circunstancia. En esas historias que pocos leen o escuchan hay ejemplos de vilezas y villanías, mezquindades y egoísmos, tanto como de sacrificio, valor, entrega, solidaridad, lealtad. No intervenir críticamente a partir de éstos significa regalar símbolos a quienes presentan a la guerra despojada de toda politicidad. La instalación de la memoria de la guerra en ese plano es contraria a una discusión. Ciertos comportamientos individuales de los oficiales, por caso, no deben nunca hacer que perdamos de vista que las Fuerzas Armadas que fueron a Malvinas se entrenaban hacía décadas para reprimir a su propio pueblo. Pero a la inversa, no podemos automáticamente imaginar, en las cabezas y conductas de los ex soldados conscriptos, esta escala de valores, o leer la reivindicación que algunos de ellos hacen de sus experiencias como un esfuerzo por rescatar a las Fuerzas Armadas del fango en el que ellas mismas se enterraron.

Surge, por último, un espacio que debería ser preferencial a la hora de pensar Malvinas y, más ampliamente, la historia reciente: el sistema de educación pública. La nueva Ley de Educación Nacional (N° 26.206) establece, en su artículo 92, puntos b) y c), que formarán parte de los contenidos curriculares comunes a todas las jurisdicciones:

b) La causa de la recuperación de nuestras Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur, de acuerdo con lo descrito en la Disposición Transitoria Primera de la Constitución Nacional.

c) El ejercicio y construcción de la memoria colectiva sobre los procesos históricos y políticos que quebrantaron el orden constitucional y terminaron instaurando el terrorismo de estado, con el objeto de generar en los/as alumnos/as reflexiones y sentimientos democráticos y de defensa del estado de Derecho y la plena vigencia de los Derechos Humanos.

La Ley, concebida por sus impulsores como base legal para una refundación de la educación pública abre la posibilidad de pensar juntos dos episodios que, debido al proceso que describimos, suelen ser separados: la guerra de Malvinas y la dictadura. Abre una vía concreta de intervención conceptual sobre un tema controversial. Porque en la escuela, aunque de distintos modos y con dispar profundidad, “Malvinas” y “las cosas de los derechos humanos” o “de la época de los militares”, ya están presentes, como cualquier docente lo sabe. Aportar elementos para sistematizar y profundizar la discusión es claramente una responsabilidad.

Sin embargo, el distanciamiento entre la escuela como espacio de circulación y la producción intelectual es grande, a juzgar por las expresiones de algunos de sus referentes. Beatriz Sarlo, en una de sus columnas del diario La Nación, planteó: La crisis de una historia nacional presentada por la escuela y que convenza en primer lugar a quienes deben enseñarla está acompañada por la dificultad que experimentan los maestros para entenderla, a causa de una débil formación intelectual que no los habilita del todo para trabajar con la historia producida en las universidades y extraer de ella las narraciones para la enseñanza (Historia académica vs. historia de divulgación, 22/1/2006).

Si es probable que el diagnóstico sea correcto, lo cierto es que esta concepción traslada la carga de semejante empresa sobre las espaldas de quienes sostienen el proceso de transmisión social en su escalón más bajo: los docentes. Pero en el caso de la guerra de 1982, a esta situación hay que sumar el abandono de tareas por parte de los intelectuales.

En todo caso, con un objeto controvertido y disputado como el de Malvinas, su silencio funcionará siempre, desde el punto de vista político, como consentimiento. Y desde el punto de vista de la construcción del conocimiento, como una limitación. Reparar ambas situaciones es un interesante y vital desafío intelectual, además de un elemental acto de justicia.

1. Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003), Denis Merklen, Buenos Aires, Gorla, 2005, p. 23.

2. ¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda, Rosana Guber, Buenos Aires, FCE, 2001.

3. Editado en 1985 por el Centro Editor de América Latina, su libro Malvinas. De la guerra sucia a la guerra limpia pasó prácticamente desapercibido para la crítica. Fue reeditado en 2006.

4. Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina, Hugo Vezzetti, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores Argentina, 2002, p. 12.

5. Idem, p. 95.

6. Una pregunta insoslayable, Luis Alberto Romero, Puentes, julio 2002, p. 9.

7. Idem.

8. Idem.

9. Por ejemplo, Jay Winter, Sites of memory, sites of mourning, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Kiristin Anne Hasas, Carried to the Wall. American Memory and the Vietnam Veterans Memorial, Berkeley, University of California Press, 1998.